

Emilio Zola, que á pesar de adorar á Hugo tenía ya necesidad de independenciam, se sentía molesto ante los ritos de aquella capilla. Para no cometer una indiscreción se veía obligado á reprimirse. Un día, sin embargo, habiendo alguien pronunciado el nombre de Balzac, se entabló una discusión sobre los méritos del autor de la *Comedia humana*. Escuchó juicios tan extraños, que, excitado al fin, intervino en la discusión y afirmó con altivez su admiración por Balzac. Juzgad la sorpresa de todos.

En aquel salón asistió á la incubación del diario *Le Rappel*. Desde hacia dos años se hablaba de ello en la casa; él era uno de los destinados á formar parte de la redacción. El mismo Paul Meurice le había escrito varias veces sobre este asunto. Esto hace sonreír hoy. ¡Emilio Zola uno de los redactores fundadores de *Le Rappel*! Cuando apareció el periódico, no contento con pertenecer á él, trató de hacer entrar á algunos de sus amigos, entre otros á mí, que llegaba de Aix. Publicó varios artículos, especialmente uno sobre Balzac (1870), que abrió los ojos á los señores Vacquerie y Meurice, y que fué, según creo, el último. Más tarde, antes que las buenas relaciones cesasen por completo, tratáronle con desconfianza y con política. *Le Rappel* quería hablar bien, hasta con elogio, de los primeros volúmenes de los *Rougon-Macquart*, pero «con la condición» que Zola, entonces redactor de *La Campana*, hablase de *Mis primeros años en París*, de M. Vacquerie. Más tarde, en fin, en aquel período mixto, sucedió el *modus vivendi* actual. *Le Rappel* no imprime si-

quiera el nombre de Zola, y Zola ha dejado de escribir los nombres de Paul Meurice y Augusto Vacquerie, excepto en aquellas circunstancias que el silencio es imposible.

VI

Los Rougon-Macquart

Los Rougon-Macquart primitivamente, según el pensamiento del autor, no debían comprender más que doce novelas.

El editor Lacroix se comprometió desde luego á publicar las cuatro primeras. El contrato que firmaron era bastante complicado.

Zola se comprometía á escribirle dos novelas por año, y cada mes percibiría quinientos francos en casa de M. Lacroix, total seis mil francos. Pero estos seis mil francos no representaban el precio de las dos novelas; no eran más que un adelanto hecho al autor por el editor. Este último debía reintegrarse de este dinero, extrayendo aquella suma de las ganancias que produjese la publicación de las obras en los periódicos. Los derechos del autor, cuando las novelas apareciesen en librería, habíanse fijado en ocho sueldos por volumen. Después de cada novela se ajustaban cuen-

tas; M. Lacroix se reembolsaba sus tres mil francos del dinero que había producido el folletín, y si éste no era suficiente retenía lo que faltaba de los derechos del autor sobre cada volumen; después de pagados los tres mil francos, Zola percibía lo que sobraba.

Este ingenioso contrato jamás se ejecutó estrictamente. El novelista, en Mayo de 1869, comenzó con ardor la *Fortuna de los Rougon* y entregó bien pronto los primeros capítulos al periódico *Le Siecle*. Pero se atravesaron algunas dificultades y comenzó á publicarse en Junio de 1870. La guerra entretanto interrumpió la publicación y fué causa de que se retardase la aparición del volumen hasta el invierno de 1871. También por este motivo el segundo volumen de la serie no apareció en casa de M. Lacroix hasta Octubre de 1872, es decir, al cabo de tres años. He aquí como á causa de circunstancias independientes de la voluntad del autor, la cláusula de los «dos volúmenes por año» recibía una verdadera zancadilla.

Después de *La Ralea*, Zola cambió de editor. M. Charpentier compró á M. Lacroix, por ochocientos francos, el derecho de volver á editar los dos volúmenes publicados.

Con M. Charpentier se estableció el contrato sobre bases completamente nuevas. Se trataba siempre de dos novelas por año; sólo que el editor le pagaba al autor tres mil francos por cada una de ellas. Lo que compraba era el manuscrito, que podía publicar en los periódicos, en volumen y hacer traducir durante diez años. En estas condi-

ciones aparecieron *El Vientre de París*, la *Conquista de Plassans* y *La falta del cura Mouret*.

El éxito, sin tomar todavía las proporciones que ha tenido después, se anunciaba ya como productivo bajo el punto de vista del negocio de librería. Pero el novelista, que tenía entre manos otros trabajos, siempre se retrasaba en el cumplimiento de sus compromisos. Llegó á deber dos ó tres volúmenes á M. Charpentier y á cobrar varios miles de francos por adelantado. Intranquilo por esto, presentóse un día en la librería, situada entonces en el muelle del Louvre, á fin de tener una explicación con su editor. Pero á las primeras palabras, este último le interrumpió, diciéndole: «Mi querido amigo; no quiero robarle á usted. Acabo de dar orden para que se señalen en cuarenta céntimos por volumen sus derechos de autor, y según esta cuenta no es usted el que me debe dinero, soy yo el que le adeudo diez mil y pico de francos... Queda roto el primitivo contrato y puede usted pasar á la caja á cobrar lo que es suyo.»

¿Qué editor haría otro tanto? Este rasgo de escrupulosa honradez es bastante elocuente por sí mismo. Un poco más tarde, M. Charpentier, que es un amigo para los escritores, más que un editor vulgar, subió los derechos de autor de Zola á cincuenta céntimos por volumen á fin de que éste no fuese tratado peor que Edmundo de Goncourt. El glorioso autor de *Madame Bovary*, Gustavo Flaubert, cobraba sesenta céntimos.

El 15 de Septiembre de 1869, á las ocho de la noche, mi paisano y amigo el poeta Antonio Valabregue y yo tomamos el ómnibus «Odeón-Batigno-

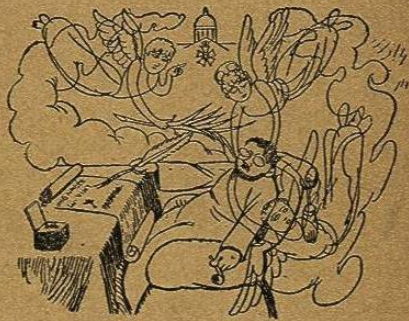
lles-Clichy.» Llegado á París hacia algunos días para dedicarme á la literatura, pero muy joven todavía y sin otro bagaje que algunos versos á lo Baudelaire, iba á ser presentado por Valabrègue á aquel Emilio Zola, que no habia visto nunca, pero del cual habia oído hablar en los bancos del colegio, cuando estudiaba tercero y él no hacia más que versos—á aquel Emilio Zola, cuyas obras me sabia de memoria, y que, algunos meses antes, me habia proporcionado la inesperada, la deliciosa alegría de ver por primera vez mi nombre «Paul Alexis» impreso en un artículo del *Gaulois* consagrado á mis pobres composiciones.

En el lugar de la avenida de Clichy, llamado «la Fourche», bajamos Valabrègue y yo del imperial. Caminamos algunos pasos por la primera calle y llamamos en el número 14 de la calle de la Condamine. Me palpitaba el corazón: «¡Ah! ¿este es Alexis?». «Le esperaba á usted». Desde el primer apretón de manos comprendi que acababa de entregar todo mi afecto y que podía contar con la amistad sólida de una especie de hermano mayor.

Al cabo de una hora de charla, cuando me hubo hecho hablar largamente de mí, de mis proyectos, de aquella Provenza, que después de once años de ausencia amaba todavía, y de la cual yo le llevaba sin duda, como un perfume lejano, cambió la conversación; habló entonces de él, de su trabajo, de su gran proyecto de los *Rougon-Macquart*, cuyo primer volumen estaba escribiendo. Después, cuando se sirvió el té, fué á buscar, á ruegos míos, su manuscrito y me leyó las primeras páginas de la *Fortuna de los Rougon*, la descrip-

ción de la era Saint-Mittre en Plassans, en aquel Plassans que reconocí inmediatamente porque venia de Aix, de la Provenza. Inolvidable velada que abría ancho campo á las reflexiones de un escritor novato como yo, recién llegado de provincias. Velada como he pasado después otras muchas, durante las cuales he visto levantarse de cerca esa ve-

tación de los *Rougon-Macquart*, que entonces apenas aparecía á flor de tierra. Después de publicar *La Fortuna de los Rougon*, *La Ralea*, *El vientre de París*, *La conquista de Plassans*, *El pecado del cura Mouret*, *Su*



EL SUEÑO DE ZOLA

Caricatura de Caran d'Ache en *Le Figaro* al publicar Zola su novela *Le Réve*
excelencia Eugenio Rougon, *La taberna* y *Una página de amor*, comenzó á escribir *Nana*.

Con *Nana*, el autor de los *Rougon-Macquart* se encontraba en su elemento: en pleno derrumbadero.

Acampar delante de la hetaria moderna, producto de nuestra civilización, agente destructor de las altas elases, mostrar en una especie de capilla ardiente, en el fondo de un tabernáculo, el sexo femenino y alrededor un pueblo de hombres

prosternados, arruinados, exhaustos y embrutecidos: tal era su asunto. Asunto vasto, cuya dificultad aumentaba para él, por tener pocas impresiones personales sobre la alta galantería. En sus años de miseria, Zola no había entrevisto más que el bajo vicio, el de las lecherías y las casas amuebladas. Más tarde, cuando tenía dinero, absorbido por la idea fija de la literatura, apenas salía de casa, y no se había aventurado en el mundo de las actrices y de las *cocottes*.

Esta vez también, como cuando escribió *La Ralea*, *El vientre de París* y *El pecado del cura Mouret*, tuvo que hacer investigaciones á fin de conocer ciertas cosas y adivinar las demás. Conocía perfectamente el escenario de los teatros, pues ya había representado tres obras. Ya hacía mucho tiempo que tenía hechas sus observaciones sobre el movimiento de la escena, los artistas, los comparsas y los maquinistas. Pero nunca había ido al teatro de Variedades, el teatro que había escogido como lugar de su novela, y uno de nuestros autores dramáticos más parisienses, M. Ludovico Halévy, fué el que le sirvió de introductor. Pasaron allí juntos toda una velada, durante una representación de *Niniche*.

Un hombre de mundo, muy parisién también, cuyo conocimiento había hecho Zola en casa de Flaubert, almorzó con él en el café Inglés, en un gabinete reservado; y allí, después del café, en el mismo campo de batalla, el antiguo calavera, recordando sus aventuras de alta galantería, se confesaba al novelista y le contaba lo que poco más ó menos había observado en todas ellas; cómo

pasan el día; sus gustos de cotorra en la mesa; su conducta respecto á los criados, á los acreedores y al señor que paga; sus predilecciones por el amante de corazón, etc., etc. El novelista escuchaba, tomaba notas y hacía nuevas preguntas. A los pocos días visitó en el boulevard Malesherbes el hotel de una de aquellas damas. Lo vió todo, lo anotó todo; la disposición del salón comunicando con el invernadero, el dormitorio, la importancia del tocador y hasta las caballerizas, todo esto para describir con conocimiento de causa el hotel de Nana. En fin, él que no va á ninguna parte, se hizo invitar á una gran cena en casa de una *demi-mondaine*. Y durante los meses que duró la gestación de *Nana*, cuando recibía á sus amigos, hacía siempre recaer la conversación sobre las mujeres. Uno de nosotros le dió detalles sobre la famosa mesa redonda de la calle de los Mártires, donde los clientes al entrar «besan á la patrona en la boca». Otro le refirió la llegada á las cinco de la mañana, en una cena de mujeres, de varios señores muy alegres vestidos de negro, y que nadie conocía. Otro le dió el detalle de las botellas de champagne vaciadas en el piano. Y Zola escuchaba, anotaba y se asimilaba todo.

Reunidos los materiales y después escogidos, asimilados y distribuidos metódicamente en un plan—tarea que hizo en medio de la soledad de los campos, en su vasto gabinete de trabajo de Médan, inaugurado en la primavera de 1879,—Zola escribió en gruesas letras, en lo alto de una página, *Nana*—título cuya brevedad y sencillez le encantaban—y comenzó el primer capítulo. La

mitad de la obra fué compuesta en la más profunda soledad. Cada mes hacía un capítulo, cuarenta ó cuarenta y cinco páginas en quince días de trabajo; el folletín dramático del *Voltaire*, y su artículo de Rusia escrito en una semana, más un corto viaje á París, ocupaban los otros quince días. De mes en mes se amontonaban los capítulos. Bien pronto estuvo hecha la mitad de la obra. Todo marchaba á maravilla, cuando se produjo una circunstancia sensible, no para la obra, que felizmente no sufrió nada, sino para la salud física y moral del autor.

Era entonces el fin de Septiembre. Desde hacía cinco meses, próximamente, había entrado un nuevo director en el *Voltaire*, con la idea de aumentar la tirada del periódico con la publicación en folletín de *Nana*, anunciada por todas partes. En el periódico de pobreza y de obscuridad relativa, Zola podía, sin ningún inconveniente, dejar que el periódico comenzase la publicación de sus novelas antes de terminarlas. Un avance de algunos capítulos le bastaba para no dejarse alcanzar. Esta vez, aunque no estaba apremiado por la necesidad de dinero, pero sí por la impaciencia del director, creyó deber ceder. El *Voltaire* anunció, pues, *Nana* para el 15 de Octubre.

Pero Zola se dió cuenta de su imprudencia cuando ya era demasiado tarde para volver sobre su acuerdo. El *Voltaire* se había entregado á un exceso de publicidad, multiplicando los anuncios por todas partes: en los periódicos, en las paredes y hasta en la extremidad del tubo de cautchue donde se toma fuego en las tabaquerías: «¡Leed

Nana! ¡Nana! ¡Nana! Y sólo estaba escrita la mitad de la novela. En el punto en que estaba de su trabajo, el autor no tenía todavía ninguna certeza. La obra podía ser buena ó mala. ¡Y ya estaba entregada al pasto de la multitud, devorada, discutida, aplaudida y ultrajada sobre todo! Apenas apareció el primer folletín se entabló una polémica en los periódicos, y los revisteros, haciendo de críticos serios, pretendían ya demostrar, por A más B, que la novela había fracasado en absoluto. Deplorables condiciones de trabajo para una naturaleza nerviosa. En vano permanecía el novelista en Medan y se hundía cada vez más en su trabajo. Todos los días cartas y periódicos iban á exasperarle, á hacerle dudar de sí y de su obra y á sumirlo en turbulentas y dolorosas distracciones. Sentarse en el escritorio delante de una cuartilla en blanco y sentir dirigidos sobre uno los cañones de la crónica y del reporterismo, es seguramente muy desagradable. ¡Cuántas veces, durante la gestación de la novena novela de la serie, debió acordarse con melancolía de la gran tranquilidad con que trabajaba, en otro tiempo, antes del éxito! Ahora ganaba mucho dinero, su nombre era pronunciado por todos los labios, pero nuevas angustias le acosaban y no era feliz.

Por lo demás, el resultado material fué magnífico. *Nana*, que apareció el 15 de Febrero de 1880, obtuvo cincuenta ediciones, que se componían en conjunto de *¡cincuenta y cinco mil ejemplares!* cosa nunca vista, según creo, en la librería francesa.

Estos cincuenta y cinco mil ejemplares fueron vendidos por adelantado á los libreros de París,

de provincias y del extranjero, algunos de los cuales tenían hecho el pedido ya hacía un año. La prueba es que el mismo día de ponerse en venta, M. Charpentier envió la orden á su impresor de tirar otras diez ediciones. Hoy ha pasado de la centésima edición.

VII

El autor dramático

La idea de escribir Zola para el teatro remonta á muy antiguo. Ya lo he mostrado en los bancos del colegio de Aix en 1856, escribiendo una obra en tres actos y en verso. Naturalmente, la obra era infantil y mala. El manuscrito existe; yo lo he tenido en mis manos. Los tres actos están terminados: es el principal elogio que se puede hacer de él.

Más tarde, en París, en el liceo San Luis, hace el plan de un gran drama en verso: *Rolando el arquero*. El plan comenzaba por este renglón: «Este drama resume la humanidad.» ¡Nada más! Hubiera sido un gran drama romántico á lo Hugo. Pero jamás llega uno á escribir estas obras «que resumen la humanidad.» La humanidad no se deja resumir de ese modo. En los bancos del

mismo liceo San Luis, nuestro autor dramático en canuto escribió un acto en verso, ensayo de comedia sacado de la fábula *La lechera y el cántaro de leche*. El mismo novelista, el bueno de Lafontaine, estaba representado allí en una especie de viejo vagabundo.

Inmediatamente después, en el mismo liceo, escribió otro acto en verso: *Es preciso aullar con los lobos*, cuyo manuscrito se ha perdido.

Más tarde, después de estos ensayos infantiles, la idea de escribir para el teatro no cesa de acosar á Zola. Estando empleado en la casa Hachette, en 1865, escribió *La fea*, en un acto y en prosa, que el Odeón le rechazó.

Más tarde todavía, hay que mencionar dos piezas de que he hablado ya: los *Misterios de Marsella*, drama en cinco actos, en colaboración con Mario Roux, representado tres veces en Marsella, en Octubre de 1867; y *Magdalena*, drama en tres actos, inédito, rechazado por el Gimnasio y el Vaudeville.

De todo aquel pasado obscuro de autor dramático todavía balbuceante y sin estrenar—excepto en Marsella—llegó á las tres tentativas serias que constituyen hasta hoy el «teatro de Emilio Zola.»

La primera de estas tentativas es *Teresa Raquin*, en cuatro actos, representada el 11 de Julio de 1873 en el teatro de la Renaissance.

Habían desafiado varias veces al autor de *Teresa Raquin* á que llevase al teatro el drama violento del libro. «La obra no concluiría de representarse», le predecían ciertos colegas. Y el público, disgustado, tiraría las banquetas á la es-